

cuente. Estais todo salvado, por la sencilla razon de que os habeis salvado. Por lo que el temor que abrigo respecto á vos es de otra índole: es el temor de que no leais, ó de que leais sin provecho nuestros códigos sagrados.

Porque, desengañaos, esta es una lectura difícil, y difícil por una razon á la que quizá no atinais. No aludo á vuestra ignorancia de las lenguas originales de la Escritura: vos ignorais el hebreo, y del griego solo poseeis una tintura bastante ligera para seros de provecho. Mas no está aquí la dificultad. Si el protestante, que se encuentra en el mundo solo en presencia de la Biblia, tiene una necesidad lógica de conocer las fuentes, y por lo tanto los idiomas donde descansa su antigüedad, no sucede lo mismo con el católico, que sabe lo que es. Viviendo en la Iglesia, perpétuamente asistida de Dios para conducirla é ilustrarla, bástale que ella sepa lo que él ignora. La ciencia de la Iglesia es la del fiel; su luz le pertenece, y en la inmensa comunión de los siglos y de los doctores cristianos, goza el invencible honor de hablar todas las lenguas, y entender y solventar todas las dificultades. La Iglesia nació en las regiones semíticas; sus primeros apóstoles pertenecian á la raza de Abraham, y por medio de ellos ella ha conocido todos los secretos de la posteridad de Sem. Ella ha recogido sus tradiciones, participado de sus costumbres, deletreado sus dialectos. Todo el antiguo mundo hebraico fue su cuna, y ha pasado del Nilo al Sínai, del Sínai á Jerusalem y á Babilonia. Al propio tiempo el mundo griego le abria sus carcomidas puertas, por donde se escurria todo el torrente de la primera Europa, y Roma, señora de todo, la introducía desde la tierra latina á las entrañas del Occidente. Porque en aquella hora habia en todas partes estas tres cosas: las sinagogas judáicas, las colonias griegas y las legiones

romanas. San Pablo era á la vez judío por su origen, griego por la ciudad de Tarso, lugar de su nacimiento, romano por derecho de ciudadanía; en ninguna parte que se dirigiese podia ser extranjero sino por Jesucristo, hasta que á la mañana siguiente este título le crease una cuarta fraternidad. De esta manera todas las lenguas y todo el saber humano se dieron cita junto á la cuna de la Iglesia, y despues, á medida que esta avanzó entre las ruinas del mundo antiguo y los rudimentos del moderno, siempre se ha iniciado, con una fidelidad digna de su mision, en los progresos de la ciencia humana. Por esto sus hijos, ciertos de su infalibilidad sobrenatural, ciertos tambien de su universal cultura, descansan sobre ella en aquellas cosas respecto á las cuales no han recibido don; y tranquilos en su doble luz, pobres y ricos se acercan á la mesa comun de la verdad con una hambre de la que no se avergüenzan.

No os inquiete, pues, el ignorar el hebreo, ni el no saber el griego: la Iglesia lo sabe por Vos, y ella no os exige otra cosa que la buena voluntad de aprenderlos para ella si tan honrosa fuera vuestra predestinacion. Pero, Manuel, hay en la Escritura una dificultad mucho mayor que la de los idiomas, una dificultad aun mas íntima y mas profunda, la de su belleza. La Escritura es bella, aunque su belleza nada tiene de humano, no procede de pasion alguna, ni la provoca. En todo otro libro las cosas nos conmueven por su naturaleza, que es la nuestra, y si el talento del escritor las ha engalanado con la elocuencia ó la poesia, nos arrebatan con fuerza hasta el entusiasmo ó la emocion. No sucede lo mismo en la Escritura. De uno á otro de sus extremos ella es sobrehumana en el fondo, aunque no se trate en ella sino del hombre y de sus destinos; reina en ella un sopro tan sencillo, tan casto, tan poco terrestre, que jamás la parte dé-

bil y ardiente de nuestro ser encuentra allí pábulo. Apenas de trecho en trecho, en algun fragmento de una historia mas cercana á nosotros, sentimos moverse ligeramente la brisa de la humanidad: José volviendo á ver á sus hermanos, que anteriormente le habian vendido; Tobías abrazando á su anciano padre, despues de una larga ausencia é importantes alarmas; los Macabeos libertando su patria del yugo extranjero, estas y algunas otras escenas nos vuelven al foco de nuestra naturaleza; pero esto sucede raramente y con una especie de divina parsimonia. Cuando leí el famoso libro el *Cantar de los cantares*, que Voltaire apellidaba «con tanto gusto» *una cancion de cuerpo de guardia*, me maravillé de quedarme tan frio ante tan grande y oriental desnudez de expresion: preguntéme por qué, pues no comprendia aun que así como hay un arte de ocultar el vicio bajo las formas de un estilo sábiamente calculado, tambien hay un arte de ocultar la virtud bajo colores que parecen los de la pasion. Sucede en el *Cantar de los cantares* lo que al Crucifijo: ambos se hallan impune- mente desnudos porque ambos son divinos.

Mas, si esta perfeccion es un testimonio de divinidad, es tambien una prueba para el lector. Este se fastidia fácilmente de ser transportado tan alto, léjos de los perfumes y de las ilusiones de la tierra. Como los israelitas errantes en las soledades de la Arabia echaban á menos, sin quererlo, la cautividad de Egipto, echa él á menos sus campos apreciadísimos de las literaturas que le han conmovido. Fáltale el aliento para seguir la inspiracion de los Profetas y el lenguaje de los Mártires; tiene fe en ellos, hasta gusta de ellos por la uncion interior del Espiritu de Dios que en él habita, mas *el peso de esta gloria*, para servirme de una expresion de san Pablo, es asaz pesado para una alma que todavia no ha alcanzado la virili-

dad de la edad sobrenatural. Y porque sabe esto la Iglesia no impone á sus hijos esta lectura como un deber; semejante á una madre prudente, les distribuye la palabra de Dios, segun la medida correspondiente á su debilidad. Bástale una palabra, una frase para instruirlos y conmoverlos. Ya le hable desde lo alto de su cátedra por conducto de sus ministros, ya que para ello dicte algunos libros á sus doctores, siempre la Escritura es, ó en sus labios, ó en su pluma, como oro precioso, que sin perder nada de su precio y de su sustancia, se desarrolla entre los dedos del artista, recibiendo la liga de su genio. Esta liga, es verdad, cuando se aplica á la Escritura, es una liga humana, el sello de un arte menos perfecto que el de Dios. No obstante, á causa de la alianza entre Dios y el hombre por la gracia, podemos hablar la palabra de Dios sin profanarla, y lo que en ella mezclamos de nuestra alma es un atractivo que la acerca felizmente á nuestra enfermedad. Por ejemplo, cuando vos leéis la Escritura en Bossuet, ¡cuánta majestad y fuerza y luz no despliega á vuestros ojos! La palabra que os habria dejado frio, os emociona; es un profeta explicando otro profeta. La fe es arrebatada sin ser abajada; es nuestra misma flaqueza la que aquí nos sirve de carro que nos eleva hácia Dios.

Pocos años hace vinieron á mis manos los *Mártires* de Chateaubriand; desde mi juventud no los habia leído. Dióme el capricho de probar la impresion que me causarian, y experimentar si la edad habia debilitado en mí los ecos de esta poesía que antiguamente me habia transportado. Apenas hube abierto el libro y dejado en plena libertad mi corazon, las lágrimas acudieron á mis ojos con abundancia extraordinaria, y evocando mis recuerdos bajo el encanto de aquella emocion comprendí que ya no era el mismo hombre, y que léjos de haber perdido nada de mi ternura lite-

raría, esta había ganado en mí profundidad y viveza. No era solamente la edad que la había sazonado; un nuevo elemento la había transfigurado; era cristiano. Los *Mártires*, que no habían hablado sino á mi imaginación y juvenil gusto, sin dejar de hablarles todavía, encontraban en mi fe un segundo abismo abierto al lado del otro, resultando la mezcolanza de dos mundos, el divino y el humano, que descendiendo á la vez en mi alma, la había apasionado con el abrazo de una doble elocuencia, la del hombre y la de Dios. Ningun escritor hasta Chateaubriand había poseído este arte en tan alto grado. San Jerónimo, el más entusiasta de los Padres, había conservado de la antigüedad profana y de los ardores de su juventud cierto acento que se retrató en su estilo; mas, penetrado de Jesucristo hasta la medula de sus huesos, el Santo descartaba de sí mismo los restos del poeta y del viajero. Golpeábase el pecho al recuerdo del antiguo Jerónimo, y lo que de él se oía, no era sino el grito del león, debilitado por la inmensidad del desierto. En Mr. de Chateaubriand el hombre había sobrevivido. Como el solitario de Belén había asistido á las revoluciones de los imperios, él había visto la caída de Versalles y la persecución del Cristianismo; semejante á él, víctima de una melancolía de carácter, nutrida por los acontecimientos del mundo, había buscado en apartadas regiones el remedio á sus meditaciones dolorosas; sus lágrimas le habían traído la fe, y purificando de repente su genio, hasta entonces desarreglado, ella le inspiró, sobre las ruinas de la Iglesia y de la monarquía, las primeras páginas que llevaron el consuelo sobre la sangre de los mártires y las tumbas de San Dionisio. Y si una vez cristiano, permanecía en él el hombre, se agitaba viviendo en la magia de su estilo, de modo, que jamás el Cristianismo había tenido por profeta un alma en la que el mundo encontrara

tanto brillo, y Jesucristo tanto esplendor. Hasta los rasgos característicos de su fisonomía revelaban en Chateaubriand el ilustre combate de su destino contra sí mismo. Pintada en su frente se veía la majestad pensativa de la fe, los destellos de la gloria y los de la soledad, mas no toda la paz que encuentra el cristiano despues de haber permanecido mucho tiempo sentado en el Calvario, contemplando la cruz. Dios nos lo había dado en dos confines de los siglos, uno, corrompido por la infidelidad, el otro, que debía ensayar una restauración de las cosas divinas, y su musa recibió en el mismo día, para encantarnos mas y mas, la lengua de Orfeo y la de David.

Poco mas ó menos, querido Manuel, lo propio sucede con los demás intérpretes de la sagrada Escritura. Su misión consiste en suavizarnos la divinidad de aquella, al modo que se echa en una agua, preciosa en sí misma, una gota de cierto bálsamo demasiado enérgico para ser por nuestros débiles órganos respirado. Los católicos están acostumbrados á estos procedimientos de la divina voluntad. Ellos no creen desmerecer leyendo los Padres y los Doctores de la Iglesia, escuchando la voz de sus pastores ó la elocuencia que perpetúa en la cátedra evangélica las tradiciones del apostolado. Ellos están íntimamente persuadidos de que todo vive en la obra de Jesucristo, y que la misma Escritura, pasando del bronce que la conserva á los labios que la propagan, nada pierde de su naturaleza y de su eficacia. No obstante, no deduzcáis de esto que su lectura directa sea inútil al cristiano que á ella se aplique. No le es necesaria, pero sí muy provechosa. Así piensan todos los Padres de la Iglesia, y yo, siguiendo sus huellas, tengo empeño en abriros este camino, uno de los más consoladores, por el que puede el alma elevarse hácia Dios.

En efecto, por mucho que hagan los predicadores

de la palabra divina, ó los doctores de la ciencia cristiana, no nos propinan la Escritura sino gota á gota en un órden cortado por el plan de sus discursos ó por el objeto de sus trabajos, y aunque podamos recoger de su exposicion la doctrina celeste; sin embargo, bajo aquella forma queda ella privada de aquel desarrollo progresivo y luminoso que el Espíritu de Dios le ha dado en el decurso de los tiempos. El pan ha sido fraccionado; es vivo, ha sido distribuido á todas las necesidades, proporcionalmente á todas las fuerzas; mas su arquitectura ha desaparecido por el efecto mismo de la caridad. Si, al contrario, lentamente instruidos por la Iglesia, penetrados de su sopro vivificante, penetramos con dócil corazon en el mismo monumento de la verdad, tal como Dios lo ha construido, nosotros, es cierto, encontraremos muchas sombras con sus profundidades, algunos pasajes en los que será menester inclinar la frente, rasgos sublimes ante los que nuestra inteligencia cási desfallecerá; mas, sostenidos por la misma Iglesia, nuestra inviolable compañera, irémos de resplandor en resplandor, bajo el firmamento de la santa palabra, paseándonos con ella en los planes descubiertos de la eternidad, admirando á Jesucristo que gradualmente se nos acerca; esperándole con los Patriarcas, contemplándole como viene con los Profetas, saludándole con el arpa de los Salmos, hasta que al fin nos aparece en los umbrales del segundo templo, rodeado de toda su gloria y de su muerte; víctima predestinada de la reconciliacion de las almas, y explicacion suprema de todo lo que es por todo lo que fue. Esta vision de Jesucristo no es la única que llena el dilatado tejido de los sagrados Libros, entretéjese tambien con los grandes acontecimientos de la historia. El cristiano los ve allí bajo la mano de la Providencia, conducidos por leyes de justicia y de bondad. Á esta luz distingue la su-

cesion de los imperios, la aparicion y decadencia de las razas mas famosas. Comprende que el acaso es nada, que nada es la fatalidad, y que todo marcha á la doble impulsion de la libertad del hombre y de la sabiduría de Dios. La historia vista así, segun la verdad de sus causas, le extasia; él ha conseguido un conocimiento de la vida que no le hubiera proporcionado la mas larga experiencia, pues la experiencia no revela sino el hombre, y la Escritura le revela á la vez Dios en el hombre, y el hombre en Dios. Esta revelacion no solo se deja sentir en los pasajes culminantes de la Biblia, sino en toda ella. Dios jamás se ausenta de su obra, se encuentra en el campo de Booz, tras de la hija de Noemi, como en Babilonia y en el festin de Baltasar. Él se sienta bajo la tienda de Abraham, viajero fatigado de la jornada, como descansa en la cumbre del Sínai entre los rayos que anuncian su presencia. Asiste á José en la cárcel, así como corona á Daniel en la cautividad. Los menos significativos pormenores de la familia ó del desierto, los nombres, los lugares, las cosas, todo está lleno de él, y en una carrera de cuarenta siglos, desde el Eden al Calvario, desde la justicia perdida á la justicia recobrada, va uno contemplando de esta suerte y paso á paso todos los movimientos de su ternura y de su fuerza. ¿Quién podria quedar insensible al terminar tan profunda peregrinacion? ¿Es posible haya quien conducido por la fe sobre tales huellas no regrese mejorado al hogar de su propia vida? La Biblia es á la vez el drama de nuestros destinos, la historia primitiva del género humano, la filosofía de los Santos, la legislacion de un pueblo elegido y gobernado por Dios; es en una providencia de cuatro mil años la preparacion y el gérmen del porvenir de la humanidad; es el depósito de las verdades que le son necesarias, el código de sus derechos, el tesoro de sus esperanzas, el

abismo de sus consuelos, la boca de Dios sobre su corazón; es, en fin, el Cristo Hijo de Dios que la ha salvado.

Y si la humanidad llegase á no conocerle, Manuel; si pervertida por los mismos beneficios de este libro, que tan alto la han elevado, acabase por desconocerle en el orgullo de una grandeza que de él ha recibido, ¿cuál no debería ser nuestro culto á este eterno monumento de la gracia que nos ha elegido, y de la verdad que nos ha hecho? ¿Cómo abandonaríamos sus páginas entre el frío polvo de una inactiva adoración? Sin duda, como os he dicho, os causarán alguna pena, mas hasta este sacrificio es un don, pues entre las ventajas inherentes al estudio directo de las Escrituras, debe contarse la apropiación lenta y personal que nosotros hacemos de su sustancia. Cuando leemos su texto comentado por los doctores, ó escuchamos su voz en la cátedra de nuestros templos, el pensamiento de otro dirige el nuestro, y ahorrándonos toda fatiga, no siempre profundiza bastante en nuestra alma el surco del Espíritu Santo. Mas si al contrario, colocados en presencia de la letra muerta como ante un pedazo de inculto oro, aplicamos con fervor todas las fuerzas de nuestro entendimiento y toda la energía de nuestra fe, se crea poco á poco entre el libro y nosotros un misterio de transustanciación. Nuestra alma penetra en cada palabra; y cada palabra, pesada en la balanza de una conciencia que adora, penetra nuestra alma, la ilustra, la enardece, la conmueve, la transporta, la da á Dios en una suave unción. ¿Qué importa el tiempo? ¿qué importan los sudores? Yo no os obligo á correr, tampoco os obligo á ello Jesucristo. Él espera tranquilo al hombre, después que el hombre ha pasado cuarenta siglos esperándole á él. Aun mas, tendréis que resolveros á dejar atrás ciertas cosas que por de pronto no compren-

deréis; oid el consejo que os da la *Imitación*: «La curiosidad, dice, nos detiene á menudo en la lectura «de los santos Libros, porque nosotros queremos comprender y discutir aquello ante lo que deberíamos «limitarnos á pasar (1).» No obstante, con el tiempo y por otra parte con el auxilio de un comentario ó de un consejo, vuestro espíritu se familiarizará con el estilo de Dios, como tambien con la gramática brusca, y alguna vez bárbara, de san Jerónimo. Este divino banquete acabará por gustaros; os sentaréis en él cada día, no muchas horas, cosa que no os pido, pero sí algunos instantes, por la mañana, cuando por el cansancio vuestro cuerpo se habrá emancipado del peso de la víspera, y el del día no habrá aun encorvado vuestro espíritu. Así lograréis que la palabra de Dios se levante como la querida aurora de vuestros trabajos. Ella les teñirá de celestial reflejo, haciendo descender como un bálsamo el rocío que se desprende de las santas regiones. Y al cerrar el libro, después de su lectura, diréis lo que Jesucristo decía á san Pedro, sobre las aguas del lago de Galilea: *Duc in altum*, ahora adelanta hácia la alta mar.

La primera hora de la mañana antes ó después del alba, según las estaciones, es un instante sagrado. El alma que no conoce su valor jamás se iniciará suficientemente en los caminos de Dios, que ha arreglado el curso de los astros al propio tiempo que la vida del hombre, haciendo de la una y de la otra cierta calculada armonía. El desden de esta armonía, funesto á la salud y al trabajo, aun lo es mas á la piedad. El hombre que prolonga su sueño mas allá de la madrugada, porque ha prolongado la velada indebidamente, encuentra ya en la cabecera de su cama el ruido y los negocios del mundo. Arrastrado por su

(1) Lib. I, 2.

ruido tumultuoso, busca en vano para Dios la hora que ha perdido por su culpa: no le salen al paso sino deberes que se precipitan, agobios que unos á otros se atraen, el olvido de su alma y el silencio de la verdad. Por esto, en tiempos mas cristianos que los nuestros, las familias fuertes y los espíritus vigorosos tenían por máxima acostarse temprano para temprano levantarse: y cuando yo salí de mi provincia, á la edad de veinte años, para venir á París, un hombre eminente que se interesaba por mi juventud me dijo lo siguiente, que no he olvidado jamás: «Si quereis «ser todo lo que Dios exige de vos, y vivir tanto cuanto vuestra naturaleza permita, nunca veleis mas allá «de las diez de la noche.» En la actualidad, por una aberracion comun, pero severamente castigada, se quiere unir al prestigio de los trabajos sérios el goce de los vulgares placeres: mas allá de media noche el hombre se hace social, y al despertar se encuentra hecho escritor, sábio, magistrado, hasta ministro, esperando que la naturaleza, abatida por esta doble carga, se vengue del mismo genio por medio de un idiotismo que entristece la imaginacion, y que la antigüedad no habia conocido.

En cuanto á vos, mi querido Manuel, sea lo que fuere vuestra carrera, y aunque ella os permita ser menos económico de vuestras noches, respetad en esto la predestinacion divina. Seguid en vuestro sueño, como en todos vuestros actos, el sagrado orden de la naturaleza. No en vano violaréis su majestad, no en vano tampoco honrando sus leyes honraréis la mano que las ha establecido, y que, creando el universo para el hombre, ha puesto en cada parte de su obra un beneficio para el que la venera, un castigo para el que la profana. Ya que por la madrugada se despierta la naturaleza, despertaos tambien vos. Consagrad el alba matutina á la contemplacion de esa otra

alba aun mas espléndida y mas pura, que es la palabra de Dios: aquella es la luz de vuestros ojos, esta es la luz de vuestro corazon; levántense, pues, ambas á un mismo tiempo sobre vos para alumbrar vuestra vida. La salida del sueño es como la salida del sepulcro, y cuando Jesucristo se levantó del suyo, en el dia de su resurreccion, un Ángel fue quien revolvió la piedra que le servia de losa.

Pero ¿qué orden seguiréis en la lectura de la santa Escritura? ¿la leeréis al azar, sin otro guia que vuestro instinto, ó subordinaréis su lectura á la direccion de un pensamiento fijo? En un asunto tan grave como es el de vuestra comunicacion con Dios por medio de su palabra, no podeis entregaros al azar, siendo como es este el abandono de sí mismo á lo desconocido. Os subordinaréis, pues, á un orden preconcebido; pero ¿qué orden será este?

La Escritura, que es como una elevadísima montaña destinada á ser faro del mundo, se divide en dos vertientes, la de la antigüedad y la de los modernos tiempos: la una mira al Oriente, la otra al Occidente de la humanidad. Ambas se denominan *Testamento*, porque ambas contienen el testimonio de Dios y el pacto de su alianza con el hombre: mas por el lado que mira á la preparacion de este pacto ó alianza, el testamento divino toma el nombre de *Antiguo*, y por el que mira á su consumacion se llama *Nuevo*. Analizados en su distribucion interior uno y otro, se componen de idénticos elementos: la historia que cuenta lo pasado, la profecía que anuncia el porvenir, la teología que une el porvenir y lo pasado en el seno de la eterna verdad.

Pues bien, entre ambas perspectivas, una de las cuales os transporta á tiempos que no fueron sino un preámbulo, y la otra á tiempos que duran todavía, y durarán mientras el mundo dure, no vacilo un mo-

mento. Vos nacisteis á la sombra de Jesucristo ; su siglo es vuestro siglo ; su luz ha encendido toda luz ; y así como los que vinieron antes que él le consideraban como venidero, los que han llegado despues deben considerarlo ya venido. Pero así antes como despues, él es el único punto donde el cielo y la tierra se abrazan. Sin duda los cristianos del Antiguo Testamento se trasladaban mas allá de Jesucristo para contemplar en la série de los acontecimientos el admirable efecto de su mision ; mas esta segunda mirada no es otra cosa que la continuacion de la primera. Desde luego ellos veian á Jesucristo, y satisfecha esta vision, adoraban en ella el misterioso porvenir del género humano regenerado. Tambien nosotros, cristianos del Nuevo Testamento, podemos considerar las instituciones y los acontecimientos que prepararon su venida : mas es al través de su persona que debemos mirar aquel pasado, en el que todavía no reinaba, y el que no era sino un crepúsculo y un anuncio de su aparicion en medio de nosotros. Naturalmente nuestra primera mirada se fija en él ; él es el objeto buscado con preferencia á todo otro, el esplendor que traslucia sobre los siglos incompletos, así como es la luz que brilla en los siglos de perfeccion.

Empezaréis, pues, por el Evangelio, que es Jesucristo viviente. Allí le veréis en su carne, expresion de su alma y velo trasparente de su divinidad. No os hablarán de él ni Moisés, ni David, ni Isaías profeta, por grandes que sean ; será su misma boca la que os comunicará su pensamiento, sus mismas miradas que os dirán su amor, su misma mano que estrechará la vuestra para animaros bendiciéndoos. Le veréis nacer en el silencio de una noche, sobre la paja de un establo, y vos le traeréis, en compañía de humildes pastores, las primicias de la adoracion del género

humano. El Oriente, tierra de los antiguos recuerdos, enviará á visitar su cuna, y al aparecer el primer destello de una gloria que debe inundar el mundo, la sangre inocente se derramará para ahogarla. Impura tierra recibirá, en calidad de expatriado, al niño que todo lo purificará, haciendo del universo una sola patria. Regresaréis con él al hogar de sus mayores ; no al palacio de David, cuyo último descendiente es, sino á la humilde habitacion de un artesano que vive del trabajo de sus manos, y allí admiraréis aquella infancia, objeto de tantos presagios, sepultada en tan sencillas virtudes. Contendréis vuestro suspiro para oir el suyo, y la historia, lacónica adrede, no os dirá sino una ó dos palabras, palabras enigmáticas que una madre alarmada pesa en el santuario de su inalterable virginidad. En fin, Sion se emociona, la Judea se conmueve ; todos los dolores acuden ante Aquel á quien estaban aguardando ; Juan le bautiza, el pueblo le escucha, los doctores le odian y le persiguen, los pescadores abandonan sus barcas para seguirle, y la palabra de Dios, rebosando á toda hora de su manantial, se derrama de la tumba de las almas á la de los cuerpos para llamarlo todo á la vida. El hombre ve lo que jamás habia visto : la soberana bondad en el soberano poder, la mas alta luz en la sencillez mas vulgar. El Evangelio es para el mundo, ya inmortal, mas profundo que los sábios, mas puro que las vírgenes, mas fuerte que los reyes : Roma, que será su trono, aun no le conoce, y ya es árbitro del tiempo á pesar de no haberle dado su consagracion.

¡Oh ! ¡qué escribiré yo sobre el Evangelio, estando el Evangelio escrito ! Abridle vos, que os ha hecho mi hijo, y, despues de haber impreso en él vuestros labios, entregaos á él como al alma de vuestra madre. Vuestra madre venia de Dios y os amaba ; tambien viene de Dios el Evangelio, y él es el único libro que

ha recibido el don de amar. Por un prodigio tan admirable como él mismo, cuatro hombres lo escribieron bajo la inspiracion del que lo habló, y á pesar de la diferencia personal de sus caractéres y de sus talentos, en cada uno de los cuatro se encuentra el mismo carácter sublime y sencillo, el mismo acento, la misma verdad, el mismo amor, el mismo Dios. Siempre es el Evangelio, porque siempre es Jesucristo.

Despues del Evangelio vienen los actos de sus primeros discípulos, de los que habian oido y visto al Salvador. No os lo disimulo: los *Actos de los Apóstoles* me conmueven mas que el Evangelio. En este, si es lícito hablar así, todo es demasiado divino; en aquellos aparece el hombre; mas ¡en qué momento y bajo qué inspiracion! Jesucristo acaba de dejar la tierra, dejando en ella las huellas indelebles de su paso, y algunos escogidos amigos con los que vivió y que tocaron su carne como hombre, y no obstante le adoraron como Dios. Vedlos solos, á la faz del universo, que nada cree de cuánto ellos creen, que todo lo ignora aun, y al que ellos deben convertir á la fe, desde el pié de la cruz en que su Maestro pereció. ¿Hubo jamás momento que á aquel pueda compararse respecto á los hombres? ¡y qué hombres! artesanos, pescadores. Van á dirigir al mundo las primeras palabras de la predicacion cristiana; van á obrar en las almas los primeros milagros de la omnipotencia apostólica, y á trazar en la corrupcion del siglo las primeras delineaciones de aquellas costumbres, con las que la caridad se inflamará con el espíritu de la pureza. El manantial y la elocuencia del Cristianismo se encuentran en aquellas cortas páginas donde san Pablo, que no habia visto á Cristo, y que le perseguia, se eleva al lado de san Pedro, en adelante de él inseparable; menos grande por su autoridad, mas brillante por su palabra; iguales

los dos en tres cosas: en el amor, el suplicio y el sepulcro.

Allí, entre aquellos dos hombres, veréis aparecer todas las escenas de la antigüedad cristiana: la comunidad de las almas y de los bienes, la fraternidad, el apostolado, la jerarquía, el ya naciente espíritu de secta, la vindicta de la excomunion, el primer concilio con el primer oráculo de la infalibilidad, la fe dada á los gentiles contra la opinion universal, y hasta con sorpresa de los mismos Apóstoles, las llamas del Espíritu Santo, descendiendo con el don de lenguas sobre cualquiera que crea y adore, en fin, todo el orden interior de la Iglesia manifestado á su extension mediante señales sensibles, y lo que se realizará secretamente durante todo el curso de los siglos, abiertamente realizado á la faz de tres mundos, el hebreo, el griego y el romano. Aquel drama sobrenatural empezó en Jerusalem, y terminó en Roma, despues de haber pasado por Antioquía, Atenas y Corinto. San Pablo, cargado de cadenas, llevó á los romanos la libertad del universo, y el ruido de sus pasos en la futura capital del Cristianismo es la última palabra que de él se oye.

¡Cuántas horas, querido Manuel, cuántos años será preciso dediqueis á esta lectura del Evangelio y de *las Actas*! No os los señalo ni determino, solo os digo, que os guardaréis de ir mas léjos, antes de que esta imágen de Jesucristo y de sus Apóstoles haya tomado una inmortal posesion de vuestro espíritu.

¿Qué haréis entonces? ¿Debo yo adivinar el tiempo en que el Evangelio habrá penetrado en la íntima familiaridad de vuestro ser, y trazaros de antemano las etapas de vuestro itinerario en la larga série de las Escrituras? Lo creo preferible para no romper la unidad de estas cartas, y porque por otra parte algunas